

LA

DERROTA DE LOS PEDANTES

Esta obra no necesita prólogo : por eso no le tiene. Necesitaba notas ; pero el autor no ha querido ponerse las.

ESTÁBASE Apolo durmiendo la siesta á mas y mejor en un mullido catre de pluma ; un mosquitero verde le defendia de pelusa y moscas ; la alcoba tenebrosa y fresca ; el palacio en profundo silencio ; y el dios bien comido, mejor bebido, y nada cuidadoso. Roncaba pues su reluciente Majestad haciendo retumbar las bóvedas ; y Mercurio, que se habia quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Pluton, por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portalon del palacio, que parecia hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio ; dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pié, esto es, sin talares, porque madama Terpsícore, la mas juguetona y revoltosa de todas las nueve, habia ido poco ántes á la cama pasito á pasito, y se los habia quitado para hacerle rabiarse. Afligióse sobremanera, y á tientas se puso los gregüescos, la chupa y la camisa ; porque es fama que el tal dios no puede dormir en verano si no depone todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidile de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano, y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto ; y al atravesar un cor-

redor vió venir un burujon de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ercilla conducian á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado deshecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. « ¿ Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? — ¿ Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venia haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuets; ¿ qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las Musas cual mas cual ménos estropeadas, y Apolo nuestro señor muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos mas. — ¿ Pero no sabremos..... — No hay mas que saber, añadió Ercilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡ Cáspita, dijo Mercurio, y en que lindo dia me he venido á comer á esta maldita casa! Bien hacía yo en no querer admitir el convite por mas que mi hermano me molia á recados todos los domingos; mi padre come mucho mejor que él, y mas me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe: no, si yo no fuera tonto, no me sucederia esto. ¡ Majadero de mí que podria estar ahora en el Olimpo, miéntas mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡ Voto va mi fortuna! »

Esto decia Mercurio lleno de indignacion; y miéntas unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrian desatinados de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que, muy ajeno de lo que pasaba, roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizco, y otro y otro y otro, y ni podia despertarle; de manera que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el señor Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturdido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesparadas.

« ¿ Qué haces, hermano? le decian á Apolo : aprisa, corre, vuela, véte por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado, á Flegon para que montes en él y escapes. Corre, y avisa á nuestro padre Júpiter para que á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitran y ruedas de molino, ataje si puede nuestra desgracia. ¡ Ay! y dirásle que no se descuide, que no es esta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigote, sino un ejército el mas formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

— Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. — Ay, hijo mio; ¿ descalabrado estás? dijo Erato : pues qué, ¿ te has hallado ya en la refriega? ¿ Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? — No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿ qué dices de poetas? qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿ han podido mover alguna sedición? — No son esos, replicó Polimnia; ni ¿ cómo era posible haber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga; son unas cuantas docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traduccion galicada, tanto compendio superficial, tantos versecillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan, y todo lo embrollan, para quienes no hay conocimiento ni facultad peregrina; unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomos; otros, que no habiendo saludado jamas los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del Cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demas. Otros y estos, estos son los mas en número

y los mas insolentes, que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aqui y de allá, atestadas de mas defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español, estos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y estos en fin, los que haciéndose intérpretes de la Nacion que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chiflatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados Príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el comun quebranto, cuando la muerte arrebató al Cielo al mas piadoso de sus Reyes, para levantar sobre el trono español al mas grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demas. Pero ¿ qué me detengo?... Miseria !... Corre, y verás por ti mismo lo que es ocioso referir : el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las Musas castellanas se perdieron para siempre. »

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detras de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecia por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque segun su número no parecian otra cosa) se combatian furiosamente al pié de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella; y el otro, que ocupaba todo el portalon y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendian. El ejército amigo se componia de las guardias y dependientes del palacio, y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistian con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las Musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clio estaban ya á componer, acompañadas de várias Ninfas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatian en defensa de

su titubeante honor. El ejército contrario era una turba confusa de diversas gentes que habia unido por casualidad el furor, y peleaban sin órden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podria tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa, que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacian prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que temian verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con mas ventaja, aunque en ménos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos, tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pié y de mano como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsicore muy llorosa y cariacontecida, con un diente en la mano y apretándose con toda su fuerza un chichon que llevaba en la frente tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos, « ¡ Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen; Quevedo y Cervántes ¡ mi querido Cervántes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardaban; los enemigos se aumentan sucesivamente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

— ¿ Y mis zapatos? dijo Mercurio: ¿ qué hiciste de ellos? en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera; pónelos aprisa, que para escaparte son que ni pintados. — ¿ Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cuclillas y atándose á toda prisa las correhuelas de los escarpines aligeros: ¿ yo escapar? no en mis dias: ahora sí, escapar: dejadme á mí, y veréis quién es Calleja. »

Dicho esto se disparó por los aires adelante como un cohete; y encaramándose á las bovedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes. « ¡ Ah de abajo! decia, ¿ qué tremolina es esta? ¿ Qué

locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algun bodegon? Canalla soez, ¿qué es esto?»

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algun tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aque espantajo voceador, no pudieron ménos de maravillarse y él, valiéndose de la turbacion que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros quienquiera que seáis, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretension tuviereis, me la digáis al instante, sin andaros en ambajes ni tranquilas, que como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses.»

Separáronse en efecto las dos cuadrillas; los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos recogiendo algunos heridos, se hicieron un peloton. Mercurio entónces volvió á preguntar la causa de aquella baraunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañifaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocinglera y atolondrada, batió los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya union en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitáis, he pillado á este para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habéis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalon de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la linea de estos arcos; nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos, ni se tiren chinarritos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razon, y cuenta con ella: porque si hasta ahora

he usado de medios suaves para conteneros; si llegáis á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar. » Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, según se supo después, no había en toda la casa más instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillan que había pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba gañir.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchon sucio que había servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamen buscó á su hermano que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni más ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenía, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda ceremonia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escena, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalon, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba

de encierro habia ya compuesto dos ovillejos, un madrigal y tres sonetos caudatos quejándose de su mala suerte y llorando su prision como pudiera el mismo Macías.

« ¡ Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y que pájaro tenemos en la jaula ! Para mis barbas si no es este el peor de su rebaño. ¡ Haya picaruelo ! ¿ No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pié quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador ? Por mi vida que el tal improvisante debe de tener manejo y vena. »

En esto le abrió la puerta del cochitril diciéndole muy halagüeño : « Salga acá afuera, señor galan, salga acá afuera, que ya he llegado á entender su habilidad ; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

— ¡ Oh favor ! exclamó el de los ovillejos, ¡ oh favor ! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los piés una y muchas veces. El dios se resistia, pero no lo pudo evitar ; levantóle con mucho agasajo, y el poeta sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenia en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridicula oficiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apénas podia contener la risa.

« ¡ Que es posible, decia arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, que es possible que Apolo, el rubicundo Delio, el claro Cintio, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme ! ¡ Oh favor ! Pero ¿ es cierto, soberano Alípede, es verdad, ó ilusion dulce de mi deseo ? ¿ Es realidad fisica, ó estravío de la imaginacion férvida ? ¿ Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada caligine... — No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habéis dicho, replicó Mercurio ; mi hermano os quiere ver, y á eso vamos allá ; pero os advierto en caridad que tratéis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digáis quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcon y le obedecerán al punto.

— ¿ Qué decís, inclito nuncio del Tonante ? replicó el del cisco : ¿ tanta cólera podrá caber en los celestes nú-

menes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible.-- Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo despues; y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — « *Sileo libenter,* » dijo el poeta; y en estas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia. Asomóse Mercurio y vió que aun no habia venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetia tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

« ¡ Qué variedad! qué diferencia! qué opuestos polos! exclamó entónces con voz recalcada y nasal; aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las córtes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡ qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *tránseat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿ quién dirá que un hombre como yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y oscurecido entre el vulgo, *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, magnánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿ y qué he conseguido? ¡ Ánimas benditas! ¿ qué he conseguido? Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratonados en mi guardilla, que jamas verán la luz pública: ¿ y por qué? por la pobreza de su autor. ¡ Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo: esto les, *pauperiem* la pobreza, *pati*, sea para ti que yo no la quiero; tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones mas doctos es abominada. ¿ Y qué obras son estas que conservo? qué felices partos? ¡ Ahí es nada! ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve follas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sainetes tabernarios..... ¿ Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico; vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegíaco, satírico, epigramático, didascálico y

mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevencion, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se puede reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad satietatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿ Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿ Qué diré sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prision, á la oscuridad de la carbonera, y á los cendales aránchneos que me cubrian? ¡ Pero qué sonetos! qué madrigales! qué romances! qué estrambotes! qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, celos de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones repartió en las demas la naturaleza... ¡ Ay mi dulce Nise! ay idolatrada señora mia! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesion, segun consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi Coleccion manuscrita), esta es la que encendió mi númen tímido, la que ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendria diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorar me de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que como llevo dicho vulneró mi corazon en los adolescentes años, he llorado desvíos, he manifestado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atreví á interrumpir la siempre acorde revolucion de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si queréis la prueba, unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamacion de nuestro Soberano: dicen así ni mas ni ménos, *favete linguis*:

El dia diez y siete del corriente,
 Á cosa de las nueve ó nueve y cuarto

De la mañana, se juntaron todos
Los señores que estaban convidados.

Y como era preciso, cada uno
Llevó á la fiesta su mejor caballo ;
De manera que cosa mas lucida
Ni se ha visto jamas ni se ha pensado.

Todos iban de gala, como digo,
Con vestidos muy ricos, bien cortados,
Los mas con bordadura, y los restantes
Á cada cual mejor (si no me engaño).

Pues como llevo dicho, se dispuso
La cabalgata, y luego muy despacio
Cogieron y se fueron á la villa,
Segun estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta.....

— Basta, basta, dijo Mercurio, no me recitéis mas versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demas no serán mejores ; callad por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

— Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composicion pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamas de cabeza humana ; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuando me veré con dinero para imprimirla. ¡ Oh livor ! oh ignorancia ! oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas ! ¡ Yo sin capa ! yo sin haber almorzado todavia ! yo debiendo cincuenta reales al P. Procurador del Cármen por los alquileres de mi desvan ! yo que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sanchez de Matrimonio!* yo que he escrito un curso completo de artes y ciencias que puede ir en carta ! yo que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad ? ¿ Quién ha sido el coco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte ? quién ha hecho callar á tanto hombron erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anflon armónico ? Sí, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de crítica, que aun manuscritas han dado terror al orbe : ¿ qué sería ¡ oh Cilenio rauda ! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas ? Pero ¿ qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo — El mismo infierno con todas sus furias desatadas debéis de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio : ¿ qué es esto ? ¿ No os he dicho

ya que calléis? ¿ Os estaréis hablando hasta mañana, parlanchin ridículo? Por vida de Júpiter, que si descoseis los labios para decirme una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. ¡ Cáscaras, y qué pesado es el pedanton, y qué insolente!

— *Parce, Domine,* » respondió el coplero; y no bien habia abierto la boca para decirlo, cuando el Alípede alzó el puño en ademán de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron pues en un salon magnífico y espacioso: el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoracion corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como tambien los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficcion.

Allí se veian los orígenes de las artes y los progresos del talento humano, muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplacion de los objetos mas sublimes. En una parte se veia á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió despues á materias mas durables, variando segun la mayor ó menor consistencia de ellas la proporcion de sus edificios. Á otro lado los Egipcios daban principio á la geometría, señalando sus campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde tomó su origen la pintura, perfeccionándose despues lentamente con la invencion casual de los colores y la perspectiva, que apénas conoció la antigüedad. Otros cortaban la corriente de un rio fiados á un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los Árabes y Caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demas astros que la distancia nos amenora ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y mas allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y bronces tan elegante for-

ma, que en algun modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos Chinos. Eaco, Radamanto, Minos, Solon, Licurgo y Numa establecían leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á mas distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiración los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro al son de la lira celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lésbos, añadiendo nuevos sonidos á las cuerdas griegas, hacía aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Leucate al mar, y repetía muriendo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreon de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las flautas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las Academias, el Liceo y el Pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para oscurecer la gloria de cuantos le habían precedido. En otra parte Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovía al pueblo ateniense, le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico, excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milcíades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose por una parte á todo el Poder de Filipo, y por otra á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su país, y perecía con ella.

En el testero del salon habia un trono riquísimo, y en él estaba Apolo ; siete de las Musas le acompañaban inmediatas al solio ; y los mas célebres poetas españoles, segun la edad en que florecieron, así ocupaban por su órden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no ménos se admiraron todos los demas al ver su figura ridícula, porque era el hombre la mas triste vision que imaginarse puede : reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho ; si bien es verdad que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrian el rostro. Revolvíase en unas bayetas pardas, raidas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arambales por las orillas á modo de randas ó cucharetero ; sus movimientos eran mas vivos de lo que su edad prometia, la accion teatral, y la voz gangosa, chillona y desapacible.

« Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba : él te dirá lo que deseas saber. » Y acercándose á él, le dijo al oído : « Mirad, señor, que aquí no os sufrirán disparates ; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en mas repulgos ; porque si así no lo hicieris, témome mucho que mi hermano os mande freir y echar á los perros, segun le he visto de mal humor esta tarde ; » y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, le hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósele Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera :

« Reverberante Númen, que del Istro
Al Marañon sublimas con tu zurda,
Al que en ritmo dulcísomo te urda
Elogio al son del címbalo y del sistro :
Si la alígera prole de Caistro
Blandos ministra acentos á mi burda
Armónica pasion, ay! no te aturda
Ver rompo de tu tímpano el teristro.

La nubígena Dea en alto plaustro,
Ungiendo el nervio de oloroso electro
Me lleva en alas del Ouest y el Austro,

Y hurtando á las Menmósides el plectro,
 Hoy me intromito en el fulgente claustro,
 Obstupefacto, á venerar tu espectro.»

Reventaba Apolo entre la indignacion y la risa ; las Musas se tendian por los suelos dando exorbitantes carcajadas ; los poetas se miraban unos á otros sin saber lo que les sucedia ; y el badulaque, muy satisfecho, se disponia á proseguir dispartando en culto ; pero Francisco de Rioja, que estaba inmediato, le dijo : « Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declaméis versos tenebrosos : lo que únicamente quiere es..... Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido ; lo que quiere es otro soneto con los mismos consonantes ; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo :

Dios rutilante, que del Ebro al Istro
 Proteges, honras al que versos urda,
 Rauca mi lira atiende tosca y burda,
 Símil no mucho á resonante sistro
 Que si tal vez alado el de Caistro
 Pájaro dulce en la ribera zurda,
 Hace canoro que fugaz aturda
 Su voz, rompiendo el diáfano teristro ;
 No ya disímil yo, si el Indio electro
 Prestarme gustas, que veloz al Austro
 Sones encarga de curvado plectro,
 Métricos mucho al eminente claustro
 Llevaré ritmos ; oh divino espectro !
 Que el cénit giras en ebúrneo plaustro.

— ¡ Hola ministros! dijo Apolo ; al instante coged . ese hombre, atadle y enviádele á Pluton con un recado mio, para que se le entregue á los genios tartáreos y le atormenten con los suplicios mas atroces. ¡ Qué desvergüenza, venir á hacer burla de mí! Llevalde, digo ; no quiero verle. »

Esto decia el dios bermejo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera ; pero las Musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo ; pero al fin se

moderó algun tanto, habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volveria á decir mas versos, sino que en prosa llana y pedestre relataria cuanto era menester ; y él, mientras esto sucedia, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan, y los administradores que desuellan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una cancion estigia que pensaba recitar á Tesífone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la mas jovencita y agraciada de todas las Furias ; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y don Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debia hacer para no incurrir en la indignacion de Apolo.

« Haré cuanto me decís, respondió despues de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narracion un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titan radiante, prodigio délfico, deidad esmíntea, el suceso es este :

« Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguan somos alumnos vuestros ; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantiles ; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vuestra sacra inspiracion ; basta esto, *sufficit*, para noticia preliminar ; pero reflexionemos.

« ¿ Qué es poética ? El arte de hacer coplas. ¿ Qué son coplas ? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. ¿ Qué es un verso ? Un número determinado de sílabas. ¿ Qué dificultad ofrece su composicion ? Los consonantes. ¿ Cómo se adquieren estos consonantes ? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿ Qué otra cosa es necesaria ademas de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública ? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

« Pues ahora bien : supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupacion, y que altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo

al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿ qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿ Quién nos disputará este honor? *Dicite, Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

« Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿ cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿ Tejer esteras? coser zapatos? alquilar camas? vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así pues, siendo poetas, debemos poetizar y no otra cosa; debemos ilustrar á la Nación, y ella debe coronar nuestras fatigas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

« Pero esta nacion ingrata, ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros procurando su felicidad y su gloria la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos; sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido segun la hemos visto decadente y mal parada.

« Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego) cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo, envió á la patria prosperidades ó desdichas.

« Se ajustó la paz, coplas á la paz: nacen los Gemelos, coplas á los Gemelos: nace nuestro príncipe Fernando, coplas á don Fernando: se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas; en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

« Pero; con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¿ Qué felices invenciones las nuestras! oh qué felices! ¿ Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¿ Oh Jacob y Esaú! oh Rómulo y Remo! con que oportunidad la Providencia os hizo nacer de una ventregada! ¿ Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á mellizos, haciendo saber al mundo que nuestra Princesa habia dado á luz un Esaú brutal, un Rómulo fratricida, y

lo que es mas lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Helena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum, Regina, jubes*, como dijo allá el filósofo.

« ¿ Y qué diré del sutil arbitrio que discurrimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí, y trazas llevan de no soltarle hasta la consumacion de los siglos. ¡ Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues á todos viene como llovido: ¿ se trata por ejemplo de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene mas que acostarse y apagar la luz. Á média noche se le aparece un trasgo, una ninfa ó cualquiera otro personaje alegórico, con gran concurso de geniezuelos al rededor; y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente y que escriba esto, y aquello, y lo demas allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pio, y acabarse el poema, todo es á un tiempo. Sobre este molde de aparicion hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas; con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la vision acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del rio, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficcion el mismo, siempre es el mérito igual, y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil

« ¿ Y el estilo? y la versificacion? y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? no es particular? no es admirable? Desde el ovillejo mas diminuto y vil, á las octavas mas retumbantes y pomposas, ¿ no se descubren bellezas incomparables que darán fama inmortal á las recalientes seseras que las produjeron? ¿ No es cierto, señor, que con esta irrupcion de coplas, con este chorroberro perenne de versos hemos llevado al mas alto punto de perfeccion el buen gusto y la elegancia poética, dando

coraelejo á los mas célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

« Así nos lo persuadíamos; con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria. *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

« Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! oh livor! oh influjo adverso! ¿Qué sucedió? Que así como el murciélagos torpe (*vespertilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélagos torpe que busca las tinieblas pavorosas del angosto mechinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan al orbe, forceja, y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponia la opacidad de su insipiencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo mas cruel.

« Este fué el galardón, esta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios; despues de habernos recocado los sesos en amontonar erudición gentilica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrada ocupación ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo que nos hallaba en vela todas las noches, *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

« Pero como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discúrriamos no ceñirnos á una sola cosa, sino abrazar todos los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio mas inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y corrección, que algunos ívidos traducen frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar

unos poemas tan exactos, tan ecónomos y correctos, labrados á compas, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extractar, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la Nacion gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acertijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustracion pública. ¡Oh cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡Oh qué traducciones hicimos tan agraciadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el mas pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro? digo de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si he de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente; bien es verdad que segun él está arreglado, parece que se hizo ex profeso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesion!

«¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculacion, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo, sobre la excelente moral de los Caribes y Hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros, sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué, siendo tan desafortadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y nos estremece y horripila.

« Ya en algun modo hemos procurado oponer las arti-
mañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos
merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas
nuestras vigilias, hemos dado en la flor de alabarnos los
unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y
preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que
quiere decir ; el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto
dura ocho dias ; el público se desengaña, ó nosotros por
un quítame allá esas pajas nos estropeamos á garrotazos
en un portal ; y la discordia, que volvió en cenizas los so-
berbios muros de Ilion, nos conduce al hospicio, ó nos
reduce á la sopa de un convento.

« Pero en el *hic et nunc* en que tímidos y vacilantes
juzgábamos irremediable nuestra desgracia, cuando cir-
cuidos de horrores y faltos de consejo hollábamos cali-
ginoso pavor, y palpábamos atezadas lobregueces, *ecce*
Corinna venit, *ecce* benigna rutilante estrella que aparece
á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades.
Astúrias va á tener un Príncipe, la Nacion le jurará sucesor
al trono de su padre, Madrid previene regocijos, y esta
es precisamenté la época de nuestra gloria, el feliz ins-
tante de nuestra resurreccion.

« Queremos cantar, si señor, queremos cantar como si
empezáramos de nuevo ; queremos aplaudir la jura del
príncipe don Fernando con la misma gracia con que desem-
peñámos los asuntos anteriores ; queremos celebrar las
felices invenciones en los adornos de la carrera ; y no ha
de haber espejo ni pedazo de holandilla sobre que no
arrojemos décimas y octavas como el puño. Volverémos
á extasiarnos y á dormirnos ; y cruzarán por esos aires á
média noche, al son de los chirriones de la limpieza, tantas
ninfas, tantas matronas, alegóricas, tanta hermosa vision
desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para man-
darnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será
una confusion.

« ¿ Y los toros ? ¡ Oh mi Dios ! ¡ Los toros ! ¡ Qué de con-
ceptos hemos prevenido para la fiesta ! ¡ Qué ocurrencias
exquisitas estamos almacenando para los caballeros que
se caigan, para los que no se caigan, para los que corran,
y para los que no puedan correr ! ¡ Y qué de cosas tenemos
discurridas para las lunadas fieras, y qué lindas compa-
raciones en que saldrán á lucirlo los toros de Gólcos, los

toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Fálaris, el toro de san Márcos, el toro de Europa, y el *toro pater!*

« Queremos pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas ; no ha de haber poste, ni esquinazo, ni guardaruédas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrudemos de alto abajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas ; ni habrá Diario, ni Gaceta, ni Biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras... Pero ; ay, cirreo Númen ! ay, reverendo Citarista fúlgido ! ; Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo !

« ¿ Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *productior actu*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor ¡ oh deidad crinada y arcitenente ! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para podernos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

« Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretension que nos ha conducido á vuestro portal augusto ; ántes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente, firmada y sellada segun estilo, en la cual se exprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perrerías, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis ademas que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas hueros, trasgos ridículos, ni cuervos raucos ; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobacion hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Diréis que para que la nacion acabe de iluminarse, es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas bonradas de la Corte, en sus librerías y concurrencias,

ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo Príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo ménos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

« Tal es, señor, nuestra pretension. Con este deseo abandonámos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallámos á la falda de ese bifronte cerro: comenzámos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derumbaderos inicuos; pero apénas hubímos salido de los pasos mas peligrosos, cuando hallámos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidadas en aromas índicos... pero en vuestro ceño, radiante Númen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo pues adelante.

« En esta, como dije, deliciosa mansion de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron, al acercarnos, seis ó siete hombres no nada inermes, y mucho ménos que nada tácitos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así; nos preguntaron ¿quiénes éramos, y á qué veníamos?: respondimos á todo; y sacando el que parecia jefe de los demas un volúmen membranáceo, leyó en él no sé que índices ó apuntaciones, y al acabar nos dió por respuesta; oh respuesta amarga, mas que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleiros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habian examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al

quemadero ; que Apolo nos habia maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces ; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante

« Esto nos dijo Luzan, que así parece que se llamaba ; si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del dia, consideradlo miétras lo restante patentizo.

« Replicámosle, como era razon ; sacámos para su desengaño nuestros manuscritos ; no quiso verlos ; y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representámos humildes, negóse discolor, y encendido en cólera fulminó dicerios y amenazas. Ya era justísima la vindicta ; arremetimos intrépidos, dímos con él en tierra, acudieron gentes en su ayuda, trabóse bélica porfia, y fluctuámos en incierto Marte, hasta que el Cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el jefe, y los mas de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados, ó mutilos.

« Seguimos adelante ; y si bien advertimos que nuestra victoria habia alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra, proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

« Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas ; pero fué vana su pretension ; llegámos á los umbrales venerandos, que saludámos humildes, y al pisar los atrios magníficos vímos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traia ; pero interrumpiendo gárrulos el apologético discurso, fundibularon sobre nuestras vértices ponderosas lápidas, á cuya ruptura hostil siguió el combate mas desesperado y sangriento.

« Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letífera Tesífone á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al Bóreas fragoso estrépito, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente repercutia. El Númen belígero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba iracundo

fatigando los ejes férvidos, y agitando flagelífero cuádriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido.....

— Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo ; calla, y no abuses mas de mi paciencia : véte, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamas los vea, si no quieren que en un solo momento los aniquile. ¡ Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nacion y á mí que los he despreciado siempre por no destruirlos!

« ¿ Qué enjambre es este de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿ Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿ Y en dónde están aquellos pocos que deberian oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interes abatido y sórdido? ¿ En dónde están?

« Cierto es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras nacen, mueren y se olvidan en pocos momentos ; este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo, animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre, el premio decoroso y el aplauso. Entónces los talentos sublimes se levantan sobre los demas, y uno, uno solo basta para hacer gloriosa á la nacion que le produjo.

« Pero ¿ qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿ Por qué los que debian escribir callan, cuando los que aun no saben leer escriben? Qué? ¿ Tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan comun será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atreven los que lloran en silencio esta general corrupcion, á declamar altamente contra ella? ¿ Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apénas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporcion para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona instigada de la necesidad á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

« ¿ Vacilaréis siempre entre las contradicciones mas

absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la mas crasa ignorancia, ó de la mas frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apénas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atrevéis á tocar, porque habéis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

« ¡ Y qué traducciones ! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estropeada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con aliños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural !

« ¿ Llegará el dia en que se aprenda por principios ? ¿ en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad ? ¿ en que sepáis conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro ? Aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron despues en su país, haciendo gloriosa entre las demas por su sabiduría á aquella misma nacion que dió leyes al mundo por su política y sus victorias.

« Entónces no se instruian los Españoles en compendios y polianteas ; no era tan universal su literatura, porque era ménos pedantesca, ménos frívola ; los grandes hombres que ha producido España, entónces los produjo ; las obras de mérito que tiene la nacion, entónces se escribieron ; estudiadlas.

« Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renoçacion de las letras en España, cuales las causas de su esplendor y las de su decadencia ; veréis tambien lo que debéis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que tenéis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afan.

« Sí, de imitarse ; porque sería indecoroso ademas, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algun tiempo ha produ-

cido ; sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta, carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe ; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

« Entónces se extinguirá quizá aquel espíritu de partido, tan funesto á la sabiduría como á las costumbres, aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nación, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce ; y á otros por el extremo opuesto los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas, porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades ; el mérito se abulta ó se deprime segun al autor le conviene para sus ideas ; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros ; se comparan los objetos mas discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo de patriotismo, la ignorancia y la parcialidad hacen aparecer como excelente lo ménos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

« Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nación ; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios ; la verdad, por mas que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano ; y el que no la lleva en la boca como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

« Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habéis apartado de la verdad cuando mas habeis querido demostrarla ! veréis tambien que no son doctos, ni jamas han merecido nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, espe-

cies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no sólo dañosas á quien las lea porque en ellas malogra su tiempo, sino tambien porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, mas funesta mil veces que la total ignorancia.

« Cesará entónces esta guerra continua que mantenéis unos con otros sobre la observancia del arte en las obras de ingenio; porque la razon sola os enseñará que no es dado á la mas fecunda fantasía hacer nada perfecto, si las reglas, las abominadas reglas, no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invencion, el talento peculiar de cada género y aquel fuego celestial que debe animarlas.

« Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con mas justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que como vosotros, sin disposicion natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni pueden excitar en cualquiera lector juicioso mas que el desprecio, la compasion ó el asco.

« ¿ Y son estos, son estos los que esperan mi aprobacion para cantar con aullido disonante las felicidades de la Nacion española en la jura de su querido Príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿ habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la Monarquía. Rueguen al Cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del tronco ilustre de Borbon, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al Cielo que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres y reconozca por los altos ejemplos que de él reciba, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes

de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados mas poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apénas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al Cielo que al tiempo mismo que el jóven Príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz, le halague con ósculo dulce, y entorno le sigan las ciencias y las artes todas que moderan la natural ferocidad del corazon humano, para que á su vista conozca cuánto es mas dichosa una nacion por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias : mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡ Oh ! ilustren tales máximas su ánimo Real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando despues de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatar el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno Príncipe, aun mas allá de los límites de su grande imperio.

« Estos son los deseos de la patria : tales son sus votos ; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías, y no os pide en tal ocasion elogios insulsos ni versos ridículos y despreciables, que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas ; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozco, que yo favorezco é inspiro ; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un país en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nacion y de su siglo.

« Pero ; vosotros, y tú mas que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera !... Véte, y dí á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida ; que se retiren, y que si es posible enmendar de algun modo los desaciertos que han cometido, sólo será callando, y callando eternamente, que no menor reparacion exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadle. »

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en

volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo; estos viéndole venir se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandera entre aquella turba, todo fue á un tiempo. Era de ver como iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfaccion de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que no lograba asegurarle un pellizco, darle un capon ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al monton enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojasen una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo miéntras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; habia llegado á entender, aunque confusamente, la pretension estrafalaria de los filólogos y conociendo que Apolo no podia concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que sólo á garrotazos se podria concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó mas inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requeria, y se acordó por último que se hiciera provision de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que ademas se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse despues del órden que se debia guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que dejando el portalon pasaran al patio, creyendo todos que allí se les podria combatir mas á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que habia al rededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervántes, mandase el ala derecha; la izquierda don Diego de Mendoza; el centro don

Alonso de Ercilla; y el cuerpo de reserva, que debía acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virues, y otros sugetos de acreditado valor y experiencia militar.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hácia la escalera cuanto hallaron que podía ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos que hasta entónces no habían servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel día se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y mas si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera cuando no hay á mano abundante provision de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho pues todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fuése volando á decir á su hermano cuanto había dispuesto. Hallóle que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debían ni podían oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaría respeto y moderacion, hallándose ya obstinada en conseguir por fuerza lo que pretendía; pero hubo de ceder mal de su grado á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

Á este tiempo empezó á notarse un rumor y conmocion general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que había tenido la erudita oracion de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Díjoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entónces, levantado en hombros de los mas robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos si los tenían. Que no creyesen que

la nacion perderia nada perdiéndolos á ellos, pues no sólo la harian una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamas ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podian dedicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Dijoles tambien que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber ; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demas con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacendera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunion de circunstancias, que rara vez llega á verificarse ; y aun por eso siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparacion á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudicion enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridículo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta ; y que sobre todo abjurasen de buena fe el error de haberse creido poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son : gloria mezclada siempre de sinsabores los mas amargos ; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Mas iba á decirles, pero fueron tales los berridos que resonaron en el zaguan, los gritos y amenazas que Apolo, temiendo algun insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguia entretanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corria de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le habia hecho, y el poco aprecio que le merecian las doctas fatigas de tantos sabios : ellos, que no

necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. « No es ese, decían, no es ese Apolo ; á ese no le conocemos, y estos son ardidés de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tararira : que venga el hijo de Latona, que venga ; él nos conocerá, y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

— Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿ Se habrá visto tal invencion ? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí ; no, sino haceos de miel y paparos han moscas ; para ellos no sirven razones ; lo que no les duele no les persuade ; pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabemos de una vez con ellos. »

Dicho esto, se metió entre los suyos, repitió las órdenes, previno los acasos, y sin que diera la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habian prevenido.

Llovian librotés sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y otros nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos y notas y animadvertiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sugetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturridos.

Con esta pérdida se notó algun desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa ; bien que los jefes procuraban contenerlos conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse ; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Macabeo de Silbeira*, que arrojado de robusta mano parecia una bala de cañon segun el impetu que traía ; hirió de paso, aunque levemente, á

Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilaso, que sin ser poderoso á resistirle, cayó aturdido sobre las gradas y tuvieron que retirarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola que se hallaba cerca, lleno de indignacion y dolor por la desgracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete tomos que vió á sus piés, y con no vista fuerza los lanzó al enemigo. No bien llegaron allá los *Comentarios de Góngora*, que esta era la gracia de los tales volúmenes, cuando se conoció el horrible estrago que habian hecho en el cuerpo izquierdo de los contrarios; lo que advertido por los de Apolo, se adelantaron algunos á querer seguir hácia aquella parte la derrota; pero así que se alejaron de los demas, se vieron rodeados de enemigos y cortado el paso á la escalera; dieron y recibieron golpes crueles, y con no poco trabajo pudieron volverse á incorporar en sus líneas, sufriendo mucho en la retirada, que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virues que pasase á gobernar el ala derecha, y remediado con prontitud el desorden, prosiguió el combate. Mercurio, sostenido en sus borceguíes, observaba desde allá arriba lo que pasaba en ambos ejércitos, y vió que del contrario se retiraban muchos hácia el patio asaz dolientes y mal feridos; otros se ocupaban en conducir á algunos á quienes ya se les iba introduciendo la forma cadavérica por las narices adelante; y otros muy diligentes ejercitaban su caridad é inteligencia médica en dar alivio á los lastimados. Limpiábanles las heridas, les apretaban los chichones con cuartos segovianos, colocaban por su orden los dientes y muelas que habian perdido su primer asiento, y usaban varios remedios, ni muy costosos ni muy eficaces, que se reducian á gran cantidad de telas de araña, pegotes de lodo y de pan mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea, saliva, orines, y buenas razones.

Observado esto, partió hácia la escalera para dar aviso y ordenar lo que convenia; preguntó por su hermano, y le dijeron que habia desaparecido con las Musas y todas las demas mujeres. Esta fuga dió que sospechar á Mercurio, pero á breve rato quedó satisfecho de la inocentísima conducta de Apolo, porque uno de los poetas que habia ido á rebusca de libros, vino diciendo que en la

cocina se estaba guisando una gran porcion de mixtos, y que el dios imberbe tenia recogidas tantas y tales armas, que si llegaba el caso de poder encarrilar al patio á los pedantes, era indubitable su destruccion.

« Que me place, dijo Mercurio ; y ahora mismo se ha de hacer el último esfuerzo para conseguirlo ; Mendoza, que manda el ala izquierda, sostenido por el conde de Rebolledo, avanzará á viva fuerza sobre la opuesta de los enemigos á fin de amontonarlos por aquella parte, y marchará en buen orden siempre hácia el patio describiendo un cuarto de círculo, para que en llegándolos á sacar del portal, se les vuelva á presentar por frente toda la línea. Mientras esto se verifica, el centro y el ala derecha se mantendrán sobre la defensiva, y avanzarán ó se detendrán segun vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza. »

Así se empezó á ejecutar, cargando don Diego de Mendoza y Rebolledo sobre la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor ; y como ya la reñega no era de burlillas sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpazo que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano ; Quevedo, que, aunque ya estaba herido, quiso volver á nallarse en la lid, tuvo que retirarse mas que de prisa con la cabeza llena de tolondrones y un arañazo en el rostro que le hacía derramar no poca sangre ; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un latigazo que le habia sacudido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder mas, y todas impresas por suscripcion, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos, y pareciéndole ocasion, hizo una señal, que al observarla don Alonso de Arcilla gritó en alta voz : « *Hijos, ya es tiempo ; descarga, y al patio.* »

Corrió la orden y al repetir la línea « *descarga, y al patio,* » comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los ménos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

¿ Y cómo la podrian evitar, si al rumor confuso de los

alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalon la batería incesante de libros, parecia que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantes de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompian en el aire contra otros no ménos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas en las que se veia embrollada hasta el último punto la mas breve, la mas clara, la mas santa de todas las doctrinas, y unos y otros caian despues con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del Derecho, con sus tratados, autoridades y escolios llenos de oscuridad y confusion babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *Leon marchante*, dulce estudio de los barberos; las del cura de Fruime, Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscan y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasí, Villamediana, Bocangel, Tafalla, Zabaleta, Montoro, y Sálas Barbadillo, con el *Arte* de Gracian, y las comedias, silvas y romances de Henriquez Gómez; allí el *Don Quijote* de Avellaneda hizo oficio de bala, habiendo ántes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervántes revoloteaban tambien con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguieron á estas las de don Tomas de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibáñez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Caróleas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoïda*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mejicana* de Gabriel Laso, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagran, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Cartago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Hernandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el mas que todos ellos fastidioso poema de *los Inventores de las cosas*; siguiendo á este turbion la espesa metralla de

misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al Nacimiento, unerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frias, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia; los eruditos huyeron al patio no hallando salida por otra parte; y Mercurio, alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenia consultada con Apolo, y se habia aprobado de comun acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

« Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gazzatazos y mojicones, que hace dos horas largas de que estamos con esta misma cancion, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin que ni para qué. ¡ Y entre literatos! entre humanistas! entre poetas. gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¿ Y por qué? Si fuera decir habia motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es mas, segun he llegado á entender, que venir á presentar un memorial en que no se piden ningunos disparates, ¿ quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores pretendientes, en que no habiendo querido vuesaercedes enviar un diputado á mi hermano para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precision de llevar el primero que me vino á las uñas; pero este, por desgracia vuestra, nos salió tan ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya vistéis.

« Yo, la verdad sea dicha, no gusto nunca de estas pelamelas, y mucho ménos entre gentes de suposicion y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de

mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningun vinagre que se hubiera de negar á complaceros; así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, ántes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el mas ducho, el mas idóneo para el caso, un hombre bien nacido, y de carácter, que no sea ningun chisgarabis, sino un erudito de representacion, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros y la general estimacion del público. Este se encargará de vuestra pretension; y perderia yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud como buenos hermanos, sin andarse en mas puerca es ella, ni quien es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condicion el asunto; con que así no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la eleccion, que se pasa el tiempo.»

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado, porque empezando á disputar entre ellos quién debia ser el elegido, todos querian para sí aquel honor; repetian las palabras de Mercurio en que pedia un literato de representacion, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. ¿Y quién era entre ellos el que no se juzgaba mas idóneo, mas ilustre, mas benemérito que todos los otros juntos? De esta presuncion nació su ruina. Empe-lasgáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfaccion y engreimiento; ofán-se pullas, y desvergüenzas, y dicterios sin número; salieron á plaza las faltas mas ocultas; y últimamente pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la mas desesperada refriega que jamas se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que sólo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinacion con que peleaban; ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por

conserva cada cual la opinion de docto y único en su linea; y esto lo probaban con golpes crueles, tirándose al degüello como gente desesperada que sólo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lograda su maldita intencion; y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas prevenidas, para dar gloriosa cima y remate á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguian los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas; tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las mas diligentes en procurar la destruccion de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrian desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuestas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza; dieron á huir hácia la puerta, pues la necesidad no permitia otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre, y asegurado el palacio, se les pudiese cargar despues en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detras el conde de Rebolledo y don Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche; la oscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decian que se rindiesen, como

algunos de ellos lo habian hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguian, perecerian todos sin remedio. Pero sí, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas : correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decian : esto fué lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna que está al pié de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales, libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo ; recibieron todo agasajo y buena asistencia ; se les cataron las heridas, y fueron tratados con mas amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban de dar gracias al Cielo por tan feliz victoria ; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo dia ; y en ocho que duraron las fiestas, quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á mas de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Despues de pasado el turbion de visitas y enhorabuenas, se trató de lo que convendria hacer con los vencidos. Cascáles, Cervántes y Luzan se encargaron de examinarlos separadamente para ver á cuántas estaban de locura ; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, despues de habérsele dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su racion de pan, queso y pasas ; y á los mas contritos por via de ayuda de costa repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos cuantos maravedises.

Á los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre, y tan sabios como su madre los parió.

LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL

Cesse tuto o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se levanta.
CAMOENS, *Lusiada*, c. 1.

ROMANCE ENDECASÍLABO.

Era la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se extendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.

En la hermosa ciudad que Jenil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envía,

Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
Del aire ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.

Este, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,
Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculta estancia en que el primor lucía.

Alta cornisa del metal precioso
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias y estucados techos,
Follajes varios y labores ricas.

Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,

Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.

En pedestales del mosaico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes y califas.

De Osman y Alí, terror del Oriente,
El mármol muestra la presencia misma,
Del fuerte Ulit y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato y majestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fe confía.

Este miraba el Rey, cuando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendía
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiembla, y al verla con airados ojos,
Ni á hablar acierta, ni callar podia :
Tres veces quiso huir de su presencia,
Tres veces lo estorbó fuerza divina.

« ¿ Dónde vas? dijo : ¿ dónde, desgraciado
Monarca, evitarás la saña mia,
Huyendo del que nunca desampara
Á los creyentes que en su amor se fian?

Detente, y en el lecho á quien adornan
Ricas alhombros, turcas alcatifas
Reposa, y con el ocio entorpecido
Las aflicciones de tu reino olvida.

¿ Qué importa que al furor del Nazareno
Destrozadas se miren tus provincias,
Tus vasallos ó muertos ó rendidos,
Y la ciudad en bandos dividida?

Miéntas Fernando tus castillos toma,
Las vegas tala, arrasa las campiñas,
Gustosos juegan Mazas y Gomeles
En Bibarrambla cañas y sortija.

¿ No bastan tantos golpes desgraciados,
Tantas ciudades presas y vencidas,
Tantos fuertes ejércitos deshechos
Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse
En Lucena á sus gentes atrevidas,
Haciendo ver cuánto á Castilla cuesta
Humillar la potencia granadina,

¿ Hoy fuerza no tendrá viéndose libre
De la cadena que arrastró algun día,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si las fuerzas y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿ De qué ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos, y la fe rompida?

Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detesto, envilecidas :
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolucion el universo
Está pendiente, y en tu ardor confía :
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes, se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera (¡ oh Allah, no lo permitas !),
Cual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia,
El gran sepulcro librerá de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.

Méjico la opulenta, recelando
Su estrago, al Cielo súplicas envía ;
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,
Pase tal vez á enca denar sus Incas.

¿ Y tú darás lugar para que logre
Los triunfos que soberbio premedita,

Viendo las barras de Aragon triunfantes
En los blancos pendones de Castilla ?

Cuando medroso en tu ciudad te encierras,
Temiendo el golpe de su diestra invicta,
Él atrevido á vista de tus muros
Otra ciudad levanta ¡ qué ignominia !

Ya los Abencerrajes, que otro tiempo
En bandos á la Corte dividian,
No existen, ni tu padre te da enojos,
Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrilego persigue
La verdadera ley, santa y divina:
Nada receles, la victoria es tuya,
Que el profeta de Dios te alumbra y guia.

Yo haré que al ver tus fuertes escuadrones
La espalda vuelva en la marcial porfia,
Y amontonando triunfos y despojos,
Su vano orgullo aniquilar consigas :

Y pasando del Tajo la corriente,
En la Corte imperial fijas tu silla,
Despues de haber deshecho en las Astúrias
La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderraman, y un nuevo Muza
Vendrá, que fiero su altivez oprima,
Y otro Almanzor del templo de Santiago
Renovará el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana
Mi indignacion reducirá en cenizas,
Y en la noble imperial Cesaraugusta
La imágen venerada de María.

El Coran se verá reverenciado
Y la ley sacrosanta que predica,
Desde Gijon á la distante Goa,
Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será, que así te lo promete
El que pisa del sol la lumbre viva,
Á quien los Querubines acompañan
Y las Dominaciones se le humillan :

Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
 Los claros astros á su planta mira,
 Y adornando la luna su turbante,
 Los luceros se apagan á su vista. »

Dijo : y al ir el Rey á responderle,
 Veloz de entre sus brazos se retira,
 Y á ocupar vuelve la animada estatua
 El pedestal robusto que oprimia.

Mientras en Santa Fe mira Fernando,
 Vistoso alarde haciendo su milicia,
 Al son de los clarines y atambores,
 Los caballos marchar é infantería,

Cuando del claro sol lucentes rayos
 Á los objetos su color volvian,
 Dorando en los soberbios pabellones
 Las banderas que el céfiro movia,

Bajo un rico dosel con perlas y oro,
 Que del Oriente empobreció las minas,
 Fernando é Isabel el trono ocupan,
 Alto campeon, castísima heroína.

Entanto que en el templo de la Fama,
 Venciendo á las edades fugitivas,
 Vuestros nombres en mármoles escritos
 Causen al orbe admiracion y envidia,

Yo haré, á pesar del tiempo y del olvido,
 Que su trompa sonante los repita,
 Y vuestras merecidas alabanzas
 Las hijas de Memnósine divinas.

Muéstranse alrededor del alto asiento
 Los príncipes y grandes de Castilla,
 Los Ponces de Leon y los Mendozas,
 Portocarreros, Laras y Mejías ;

El que de Alhama el defendido muro
 Guardó á pesar de la morisma impía,
 Y con débil defensa reparado,
 Burló su muchedumbre descreída.

Pacheco y el Guzman van á sus lados,
 Que dos robustos potros oprimian,

Mostrando el noble varonil semblante,
Alzada la luciente sobrevista.

Del jóven de Alba la tristeza muestran
Las pavonadas armas que vestia ;
Negro el plumaje sobre el alto almete,
Peto y escudo, cinturón y hebillas.

El que escalando de Guadix el muro
Horror y asombro fué de la morisma,
Y el que llegando hasta Granada, puso
El Ave de Gabriel en su mezquita.

Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
Córdoba, lustre de la patria mia,
Terror del moro, de la Italia espanto,
Estrago de las gentes enemigas :

Lujan se ofrece á la dudosa empresa
Con doscientos jinetes que acaudilla,
Que el Manzanáres entre musgo y alga
Miró nacer en la feliz orilla.

¡ Oh patrio suelo ! si al acento mio
Prestar Apolo quiere melodía,
Y se digna tal vez al rudo canto
Dar nuevo ardor, dulcisona armonía,

Yo sabré levantar el nombre tuyo
Á la esfera que Vénus ilumina,
Ensalzando mi voz no disonante
Tus blasones y glorias inauditas.

Pues para trono del mayor Monarca
La suma Omnipotencia te destina,
Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
Á Eton fogoso y á Flegon fatiga.

El valiente doncel, que en tiernos años
Venció del moro la arrogancia impía,
Colocando en su escudo por trofeo
El nombre que ultrajaba de MARÍA,

Del gallardo Aguilar ocupa el lado :
Aguilar, cuya espada vengativa
Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
Librando la inocencia perseguida.

Hacen-Benel Farax Abencerrage
 Lucida escuadra de su gente guía
 En tordas yeguas que produce el Bétis,
 Y á su veloz corriente desafían.

Blancos bonetes con azules plumas,
 En las adargas la comun divisa,
 Corvos alfanjes, largos alquiceles,
 Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitán, que de Lucena
 Defendió la muralla combatida,
 Derramando al impulso de su diestra
 La sangre del infiel Ismaelita,

Muestra en su escudo entre cadenas preso
 Al Monarca que audaz le resistía,
 Y los nueve estandartes matizados
 Con caracteres árabes y cifras.

¡ Cuántos esclarecidos capitanes,
 Que ganaron victorias inauditas,
 Delante de Fernando se presentan!
 Cántalos tú, Parnáside divina :

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
 Por quien se vieron rotas y vencidas
 Las escuadras de Agar, que el dogma siguen
 Del fermentado esposo de Cadiga.

Fernando al verlos : « Claros campeones
 Dice, blason de la corona mía,
 Por cuyo diestra las cristianas cruces
 Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que miréis cercana
 De esa ciudad rebelde la ruina,
 Y en premio de fatigas tan dichosas
 Laurel eterno vuestra frente ciña.

Desde que en Zahara combatiendo el muro
 Rompió Muley Hacen la union amiga,
 Hasta que Boabdélí preso y rendido
 Firmó la paz, que hoy niega su osadía,

¡ Cuántas veces, dudosa la victoria,
 Expusisteis por ella hacienda y vida,

Ya combatiendo en Baza las almenas,
Ó en el alto peñon de la Axarquía !

Málaga os vió con ánimo invencible
Contrastar al feroz Abenconixa :
Y Dordux, recelando el golpe duro,
Os entregó su fuerza destruida.

Muley Abohardil, tirano injusto,
Desamparó á Guadix con Almería
Y de Huéscar á Ronda vuestra espada
Estrago fué y horror de la morisma.

Aun hay mas que vencer : á vuestro brio
Es corto triunfo esa ciudad vecina ;
Mas es fuerza juzgar su rendimiento
Como principio de mayores dichas.

Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,

Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida :
Mas ; oh cuán presto la hollará mi planta
Si ayuda vuestro ardor la intencion mia !

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,
Nuestros jinetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas :

Que el Cielo, que hasta aquí miró propicio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo de rigor armado
Á nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mire el Asia á nuestro pié cautiva. »

Dijo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de Fernando repetia :
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolijas.

Suena confuso estrépito : el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el jinete,
El caballo beligeró relincha.

Ya corren por la vega dilatada,
Que el Jenil baña con corriente fría :
Los campos queman, roban el ganado,
Huye el pastor á la contrária orilla.

Tristes gemidos é incesante lloro
En la infeliz ciudad el aire hendian :
El vulgo corre temeroso y ciego :
Deja el muro y ocupa la mezquita.

Así venciendo Vespasiano y Tito
Los fuertes muros de la sacra Elía,
Esta lloró su mísera desgracia
Con hambre y fuego y muerte destruida.

Boabdeli, de valor y fuerzas falto,
Al Albaicin medroso se retira :
Dudoso al escuchar consejos varios,
Entre opuestos dictámenes vacila.

Quien le aconseja que la gente anime,
Tienda al aire las árabes insignias,
Salga á campaña, y en batalla dura
Al enemigo intrépido resista.

Quien pretende, primero que rendirse,
Que en llamas arda la ciudad querida,
Dando la vida al tósigo y al hierro,
Cual los de Astapa ó la Sagunto antigua.

Cuando Zelim-Hamet, gallardo moro,
Que el sexto lustro de su edad cumplia,
Árabe en patria, Aldoradin en sangre,
Hijo de Abenhucen y Geloíra :

Negra la barba y el color tostado,
Sangrientos ojos de espantable vista,
Robustos miembros, corto de razones,
Diestro en el arco, cimitarra y pica :

« Locura es, dijo, en pareceres varios
Perder el tiempo, que veloz camina,

No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
Para librar la patria que peligra.

¿ Espondremos acaso á una batalla
La feliz libertad que tanto estima,
Cuando de España la potencia junta
Procura con teson nuestra ruina?

No, no es justo, ni en este medio solo
La pública salud se encierra y cifra:
Una astucia rompió de Troya el muro,
No Agamenon ni Aquiles de Larisa.

Yo ofrezco, apénas el luciente Apolo
Huya las sombras de la noche fria,
Hacer que el campo del contrario fiero
Con incendio voraz vuele en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,
El sueño, que los miembros debilita,
Las llamas y la noche harán felice
La heroica accion, si Boabdeli la anima.

— Si, yo la apruebo, » dijo, y de los hombros
En muestra de su amor al punto quita
El precioso alquicel, que el moro admite,
Doblando reverente la rodilla.

Vistese al punto las lucientes armas,
Que el oro y el cincel enriquecian,
En quien mostró su perfeccion el arte,
Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco
Al herirle la luz rayos envía,
Luna pequeña y afolladas tocas,
Con un penacho verdegay encima.

El dilatado borcegui guarnecen
Dorados lazos y labores ricas,
Y el alquicel en el siniestro lado
Con plata y borlas resplandece y brilla.

Del ancho tahalí se ve pendiente
La cimitarra fuerte damasquina,
Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo
Cuando á servir á Soliman partia.

La istriada lanza acomodó en la cuja
 Que cual un mimbre el bárbaro blandía,
 Á cuyo golpe en desigual pelea
 Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro
 Herido un corazon que en fuego ardia,
 Y en campo azul alrededor escrito :
Si mas pudiera dar, mas te daría.

La rica manga adorna el diestro lado,
 Que de aljófár bordó y argentería
 Con cifras de su nombre Zelidora,
 Que ausente dél en Tremecen vivía.

De un tostado alazan oprímé el lomo
 De largas crines y cabeza erguida,
 Pecho espacioso y espumante boca,
 Y dócil á la rienda que le guía.

Parte su dueño en la callada noche
 De la famosa Iliberis antigua,
 Sus muros deja atrás y capiteles,
 Y al enemigo campo se avecina.

Hórridas sombras, ocupando el suelo,
 Al intento mejor favorecian :
 Muda quietud al sueño convidaba,
 Y el Darro suspendió la clara linfa.

Cuando, al atravesar raudal pequeño,
 Que del vecino monte descendía,
 Sintió pisadas, y de rato en rato
 Templadas armas que al mover crujían.

Refrena el paso el arrogante moro,
 El freno y el aliento detenía,
 Al ver ya cerca un caballero armado,
 Que en ligero tropel tras él venía.

Sale á encontrarle, y previniendo el asta,
 « ¿ Quién eres? dijo : ¿ dónde te encaminas ?
 Di si eres granadino ó castellano,
 Y cuál es el intento que te guía.

— Soy granadino, respondió ; y si acaso
 De tu amor y tu sangre no te olvidas,

Tu primo Zuleman es quien te sigue,
Y la justa venganza quien le anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna
Mató á mi hermano en esta vega misma
La dura lanza del Guzman valiente,
Impío verdugo de agarenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado
La esperanza y blason de la morisma,
Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
Caudillo y Alhagib de su milicia.

Sabes cuánto lloré la injusta muerte,
Sabes cuánto perdió la patria mia,
Y que del homicida la cabeza
Prometi presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alárabes jinetes
El bosque oculta, que á la seña misma
Intrépidos cercando los reales,
La accion acabarán que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas
Á manos del que causa mi desdicha,
Ó á que, logrando la venganza, vuelva
Á consolar la pena que origina. »

Abrázale Zelim estrechamente,
Y defendidos de la sombra amiga,
Este se acerca al campo y pabellones,
Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,
Calada cuerda al pabello aplica
Do reposa Isabel, y al verle ardiendo
Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios muros
Quemó de Troya la maldad argiva,
Ni ménos confusion causó el estrago
Que en el campo cristiano se extendia.

Bajan ardiendo de la excelsa cumbre
Ardientes leños, máquinas erguidas,
Cual en las altas escarpadas breñas,
Á quien el Tajo aurífero salpica.

Al fiero impulso de huracan horrendo
De uno en otro peñon se precipitan
Rudos peñascos, y al terrible golpe
Huyen al centro temerosas ninfas.

Salta del lecho intrépido Fernando :
Su presencia á los débiles anima :
Manda al de Cádiz que al encuentro salga,
Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencha dilatada de oro,
Que un matizado trancelin prendia,
Cruza Isabel armados escuadrones,
Cuya industria apagó la llama activa.

Zuleman, que advirtió salir armada
La gente que el de Cádiz acaudilla,
Vuelve la rienda, y hácia el bosque parte
Á prevenirlo al comenzar el dia.

El Ponce de Leon, que desde léjos
Las armas vió reverberar bruñidas,
Y el ancho escudo del gallardo moro,
Parte á alcanzarle y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra
Con impulso feliz la lanza tira,
Que por el viento rechinando cruza,
Cual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerca
El duro hierro que hácia sí venia :
Mas ¿quién pudo borrar de las estrellas
El influjo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
El fresno herrado la coraza fina,
De roja sangre matizó las flores,
Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galan Adónis
Miró difunto Vénus Ericina,
Cuando en Chipre su muerte lamentaron
De sus bosques las bellas hamadrias.

Cual blanco azar, ó débil azucena,
Que del tronco apartó mano lasciva,

Que poco á poco la hermosura pierde,
El cuello tuerce, y el frescor marchita;

Así, exhalando el último suspiro,
Los ojos ciera en tristes agonías :
Revuélcase muriendo, y se estremece,
Y el alma baja á la tartárea orilla.

Hamet, que viendo el caso lastimoso,
Batió la espuela y aflojó las bridas,
En venganza y furor y saña ardiendo
Con ronca voz : « Cristiano, le decia,

Si juzgas que la sangre de mi primo
En tiernos años sin piedad vertida,
Con la tuya, á pesar del universo,
No la podré vengar, mal imaginas. »

Y arremetiendo cual ardiente rayo,
La peligrosa lid acabaría
Si en ménos fuerte escudo diera el golpe
Que atronó las cavernas convecinas.

Rota la lanza, con la espada embiste :
Ciego de enojo el moro combatia,
El alquicel arrastra por la arena,
Que el potro al revolver desgarrá y pisa.

Cual en el ancho circo matritense
Con medrosa atencion la plebe admira
Robusta fiera que bebió el Jarama,
Que el jóven andaluz acosa y lidia ;

Así, burlando al moro granadino,
El cristiano sus golpes detenía :
Aquel le sigue, y este levantando
La poderosa espada vengativa,

Tal golpe descargó con brazo fuerte
Sobre las plumas y cimera altiva,
Que juntas se estamparon en la arena
Penacho verdegay, bonete y cintas.

No vuelve mas veloz manchada tigre
Al flechazo que el árabe le tira,
Que el moro al golpe, del paves cubierto,
Alta la diestra, en roja sangre tinta.

Quiso al contrario dividir de un golpe :
Llega, da, hiere; y en la lid reñida
Ninguno de los dos fuertes soldados
Á su enemigo superior se mira.

Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
La mora gente, y bárbaras insignias,
Y al otro en las banderas sus leones,
Señales de su tercio conocidas,

De punta á puño le metió la espada,
Que al querer su enemigo resistirla,
Cayó difunto del arzon al suelo,
Abierto el pecho en penetrante herida.

No de otra suerte Encélado arrogante
Del rayo herido de la luz divina,
Precipitándose de monte en monte,
Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafles y atabales roncoss
Confuso estruendo militar se oia,
Y en lid sangrienta entrambos escuadrones
Por su ley y su patria combatian.

Rodrigo parte, y en la turba mora
Tal estrago ocasiona su cuchilla,
Cual entre simples tímidas palomas
Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,
Que en la vega mostraron algun día
Su esfuerzo, hoy dejan con la muerte suya
Su patria opresa, y su nacion cautiva.

Unos con otros en atroz desórden
El tremendo combate sostenian,
Causando á un tiempo en una y otra parte
Con igual confusion muertes distintas.

Mas embistiendo por el diestro lado
Nuevo socorro que Fernando envía,
El Darro en sangre coloró sus aguas,
Marlotas y almayzares revolvia.

Ya la escuadra de Agar la espalda vuelve
Precipitada con veloz huida,

Dejando el campo de despojos lleno,
Que bárbaros cadáveres cubrían.

Boabdellí, que advirtió destrozo tanto,
Sus huestes ahuyentadas y vencidas,
El enemigo cerca de los muros,
Y sin defensa la ciudad querida,

Maldice airado del Profeta suyo
Las promesas, que ya fallidas mira,
Viendo á Fernando que triunfante llega,
Y el difícil asalto premedita.

La cristiana Amazona que le sigue,
Su intento aprueba, y á su gente anima :
Corona el muro desarmada gente,
Y al cielo sube inmensa vocería.

Suena el clarín bélico, y apenas
Las tropas á embestir se prevenían,
Blanca bandera el Albaicín tremola,
Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas el Monarca moro
Busca á Fernando. y á sus piés se humilla.
« Cidi, venciste, reverente, dice :
Tuyo es mi reino ya, tuya es mi vida.

— Alza, le dijo : en mi bondad piadosa
Perdon hallar podrá tu rebeldía,
Vivirás como rey y amigo mío,
Pues supiste aplacar todas mis iras. »

Marcha á Granada el campo : el bando moro,
Lágrimas derramando de alegría,
El nombre de Isabel y de Fernando
Levanta al cielo en repetidos vivas.

En pebeteros del Oriente humea
Fragante incienso que la Arabia cria ;
Cubren las calles y edificios altos
Tapetes persas con alhombros chinas.

El sucesor invicto de Pelayo
Y la excelsa Matrona de Castilla
Triunfantes entran, la cerviz pisando
Del bárbaro poder y la herejía.

La Fe y la Religion iban delante,
 Que dirigieron la feliz conquista,
 Arrollando moriscos estandartes,
 Y eclipsando las lunas enemigas

Cante otro lo demas, si á objeto tanto
 Ménos puede bastar que voz divina;
 Pues fatigada del asunto heroico,
 Enmudece esta vez la trompa mia.